

RECREACIONES LITERARIAS DEL  
EPISODIO DE AVENDAÑO

ZEBENSUI RODRÍGUEZ ÁLVAREZ



## 1. INTRODUCCIÓN

Al llegar la Edad Media, las Islas Canarias -tenidas por Afortunadas desde la Antigüedad- cayeron prácticamente en el olvido, hasta que, no casualmente, las ansias de recuperación económica y el avance en las técnicas de navegación invitaron a los marinos europeos a explorar la mar oceánica en busca de nuevas tierras en las que hallar satisfacción a las necesidades materiales y económicas de las que se carecía<sup>1</sup>.

De algunos de estos periplos por las costas canarias ha quedado no sólo testimonio historiográfico, sino también literario<sup>2</sup>. Concretamente,

---

<sup>1</sup> Las verdaderas razones de la mirada exploratoria hacia Canarias son desbrozadas por Ladero Quesada (2006).

<sup>2</sup> Uno de los primeros viajes emprendidos por entonces fue el de los hermanos Ugolino y Vadino Vivaldi, quienes, según relata el cronista Jacobo Daria en sus *Annali di Genova* (Luzzana 1992: 30), partieron en mayo de 1291 hacia las Indias sin que su paradero fuese nunca conocido con certeza. Sin embargo, algunos historiadores canarios, como Bonnet (1942), creen que ambos pudieron haber llegado hasta las Islas Canarias y que, además, el nombre del islote Alegranza (al norte de Lanzarote) podría emparentarse con el de una de las dos galeras con las que aquellos surcaron los mares: Allegranza. En cualquier caso, y siguiendo a Boitani (2001), Castro Borrego (2000), Cioranescu (1954) y Nardi (1937), podría haber sido la aventura de los hermanos italianos la que hubiese inspirado a Dante Alighieri el viaje del “loco vuelo” de la *Divina Comedia*.

Con posterioridad al viaje de los hermanos Vivaldi, tendrá lugar la incursión en Lanzarote del genovés Lancelotto Malocello, cuya estancia en la isla es hoy una evidencia no discutida por la actual historiografía canaria, aunque, sin embargo, no son pocos los claroscuros en torno a este personaje y la actividad que realizó en la isla.

No obstante, a él se debe casi con absoluta seguridad el nombre de la más oriental de las Canarias, lo que ha motivado la composición de diversas recreaciones literarias. De especial intereses resulta también la expedición luso-italiana que en 1341 promoviese Alfonso IV de Portugal, ya que ésta daría lugar a un informe redactado por Giovanni Boccaccio sobre la misma con el título *De Canaria et insulis reliquis ultra Ispaniam in Oceano noviter repertis*. Según Marcos Martínez (2001: 103), los estudiosos de la obra del autor italiano parecen estar de acuerdo en que la génesis del *De*

en esta ponencia se estudian algunas de las recreaciones del llamado *episodio de Avendaño*, esto es, de la supuesta estancia en la isla del vizcaíno Martín Ruiz de Avendaño, quien habría engendrado en la reina Fayna a la princesa Ico, protagonista de múltiples relatos literarios sobre la protohistoria guanche.

## 2. LA SUPUESTA VISITA DE MARTÍN RUIZ DE AVENDAÑO

Con respecto a la presencia de los vizcaínos en costas canarias con anterioridad a la llegada de Béthencourt y La Salle, debe repararse en la figura de Martín Ruiz de Avendaño, a quien Abreu Galindo (1978: 61-62) hace referencia por primera vez al dejar constancia de su azarosa (y presunta) llegada a Lanzarote y de la descendencia que en ella habría dejado:

Dícese que, cuando el capitán Juan de Betancur y Gadifer de la Sala (sic) vinieron en demanda de estas islas, era rey de la isla de Lanzarote, o señor, un natural de ella que se decía Guadarfía, que decían ser hijo de un capitán cristiano que con temporal aportó a esta isla de Lanzarote; la cual historia pasa de esta manera:

Reinando en Castilla el rey don Juan el primero, hijo del rey don Enrique II, [...] hizo el rey don Juan una armada por la mar, de ciertos navíos, y puso por capitán de ellos a un caballero vizcaíno, que se decía Martín Ruíz de Avendaño; el cual corría toda la costa de Vizcaya y Galicia y Inglaterra, que sería año de mil y trescientos y setenta y siete, poco más o menos. El cual, navegando, le dio temporal que les hizo arribar a Lanzarote, y tomó puerto. Y salió el capitán y gente en tierra, y los isleños lo recibieron en paz y le dieron refrescos de lo que en la tierra había de carne y leche y queso, para refresco de su armada; y aposentado en la casa del rey, que se decía Zonzamas.

Tenía este rey una mujer, llamada Fayna, en quien hubo Martín Ruíz de Avendaño una hija, que llamaron Ico, en este acogimiento y hospedaje; la cual Ico fue muy hermosa y blanca: siendo todas las demás isleñas morenas, ella sola había salido muy blanca. Esta Ico casó con Guanarame, rey que fue de aquella isla, por muerte de un hermano suyo llamado Tinguanfaya, que fue el que prendió el armada de Hernán Peraza. Tuvo Guanarame en Ico a Guadarfía.

---

*Canaria* reside en una serie de cartas que unos mercaderes florentinos habrían escrito en Sevilla tras haber escuchado a Nicolosso da Recco contar sus propios recuerdos y experiencias del trayecto y que, finalmente, habrían llegado a manos de Boccaccio.

Muerto Guanarame, hubo disensiones entre los naturales isleños, diciendo que Ico no era noble de Guayre, por ser hija de extranjero, y no de Zonzamas. Sobre esto entraron en consulta, que Ico entrase con tres criadas suyas villanas en la casa del rey Zonzamas, y que a todas cuatro les diese humo; y que, si Ico era noble, no moriría; y, si extranjera, sí.

Había en Lanzarote una vieja, la cual aconsejó a Ico que llevase una esponja mojada en agua, escondida; y, cuando diesen humo, se la pusiese en la boca y respirase en ella. Hízolo así; y, dándoles humo en un aposento encerradas, valióse Ico de la esponja, y halláronla viva, y a las tres villanas ahogadas. Sacaron a Ico con gran honra y contento, y alzaron por rey a Guadarfña; y éste fue el que halló Juan de Betancur, al tiempo de la primera venida a esta isla.

Con posterioridad a Abreu Galindo ningún otro historiador antiguo volvió a transmitir este episodio, por lo que parece probable que fue a él a quien siguieron los más modernos -Viera y Clavijo, Chil y Naranjo, Berthelot-, quienes tuvieron por cierto este episodio de la historia lanzaroteña. De hecho, no será hasta el siglo XX cuando Bonnet (1944) por vez primera ponga en duda su veracidad, opinión que será compartida más tarde por Serra Ráfols (1950) y Cioranescu (1955). Sin embargo, por su parte, Álvarez Delgado (1957) creyó encontrar en su momento pruebas documentales<sup>3</sup> que avalaran la arribada de Avendaño a Lanzarote en 1377, pero, como señala Ronquillo Rubio (2004: 2059), estos datos no son nada concluyentes, por lo que la figura del navegante vizcaíno sigue manteniéndose en la oscuridad<sup>4</sup>.

### 3. LA RECUPERACIÓN LITERARIA DEL EPISODIO DE AVENDAÑO

Sea como fuere<sup>5</sup>, lo que interesa ahora señalar es que cuando se compusieron las primeras recreaciones literarias del episodio de Avendaño, éste era aún tenido por cierto. Así, por ejemplo, Graciliano Afonso

<sup>3</sup> Concretamente, se basaba Álvarez Delgado en *Las Bienandanzas y Fortunas de Lope García Salazar* (1380) y en el *Victorial de Pero Niño* (h. 1436), además de en ciertos datos aportados por Fernández Duro (1894).

<sup>4</sup> Además, Aznar Vallejo (2000) cree que pueden existir superposiciones entre la figura de Lanceloto Malocello y la de Avendaño.

<sup>5</sup> Al final de esta ponencia volveré a preguntarme por la veracidad de este episodio de la protohistoria guanche.

(1775-1865) publicó en 1841 *El juicio de Dios o la reina Ico* con la finalidad de dar a conocer a sus paisanos la erótica y certera aventura del capitán vizcaíno y la reina Fayna bajo un afán culturizador:

Hay además otro defecto que es de la mayor consecuencia: el desprecio de la historia de su país. Vergüenza es ver a muchos jóvenes que darán razón con vanagloria, de la cronología de los Reyes de Persia y de la China, ignorando al mismo tiempo quién fue el patriota Doramas, el terrible Maninidra, el valiente Bencomo y el desgraciado Tinguaro.

El amor es la llave del corazón; y siendo este país naturalmente erótico, por eso he escogido las aventuras de Ico y Guadarfía, y los amores de Fayna y Avendaño para inspirar este deseo sin violencia ni aridez. (Afonso 2004: 44).

Téngase presente a este respecto que, en consonancia a los ideales de su siglo, Afonso consideró siempre que la educación y el estudio de la Historia eran elementos fundamentales en el progreso de un país,

Conocer la historia de su país después de la de la Religión, es el primer ramo de cultura del hombre civilizado. El alumno del Parnaso es el ministro natural para promover esta incumbencia. Las novelas históricas, las ficciones poéticas sobre las tradiciones del país, embellecidas con los adornos de la imaginación, con los vehículos naturales para alcanzar este noble intento. (Afonso 2004: 43).

y que, además, siguiendo la línea inaugurada por Viera y Clavijo, participó de esa vuelta romántica a lo autóctono mediante la indagación en las propias raíces, por lo que vio el episodio de Avendaño como un capítulo de la historia canaria digno de ser enseñado por ser símbolo del trágico encuentro entre indígenas y europeos:

Mas, a pesar de lo pequeño del suceso, es un hecho histórico del mayor interés el ver que el amor de una reina salvaje con un europeo que una tempestad arrojó a la isla de Lanzarote fuese el primer paso, o por mejor decir, el primer acto de la sangrienta tragedia que había de concluir en las vastas regiones de América la insaciable avaricia de los Caníbales Europeos. (Afonso 2004: 44).

De hecho, tal vez sea esta concepción negativa de la Conquista lo que lleva a Afonso a saltarse lo recogido en los textos históricos y a de-

jarse llevar por su intuición artística al exponer las razones que mueven a los protagonistas, pues, en efecto, si bien ningún historiador expuso que Zonzamas desconociese las relaciones de Fayna y Avendaño<sup>6</sup>, ni que estos se las ocultaran, y aún menos que el rey estuviese anheloso de venganza por el ultraje a su esposa, el doctoral poeta hace hincapié en todos estos aspectos. Así, Guadastiza, la vieja que dio a Ico la esponja de la salvación, cuenta a la princesa que

Mas la dulce esperanza  
Derramaba consuelo  
En el pecho de Fayna, pero vido  
Que del rey la venganza  
Encendería el recelo,  
Si el fruto en sus entrañas concebido  
Saliese parecido  
A su amor criminoso:  
Entonces disimula sus dolores,  
Ni nombra sus amores,  
La cólera temiendo de su esposo,  
Sólo conmigo repetía la historia,  
Tan amarga y tan dulce a su memoria.

(Afonso 2004: 65)

Poco después de que Graciliano Afonso diera a conocer su obra, el poeta tinerfeño José Plácido Sansón Grandy insertó en las páginas de *La Aurora* su composición *La Reina Fayna* (1847), trabajo que era ya conocido por el Doctoral cuando *El Juicio de Dios o la Reina Ico* vio la luz, pues en la introducción a esta obra señaló su autor que

D. José Plácido Sanzón (sic) que ha tenido la grande idea de formar una galería de canarios célebres, y que acaso tendrá adelantada su obra, siendo su primer ensayo la muerte del heroico Tinguaro, mejor que yo con mi musa sexagenaria, llevará al cabo tan útil y ventajoso empresa [componer una buena obra sobre el episodio de Avendaño]. (Afonso 2004: 44).

---

<sup>6</sup> No en vano, según los textos de la historia que parece haber consultado Graciliano Afonso, los amores de Avendaño con la reina de Lanzarote no eran ilegítimos, sino normativos según el sistema social poliándrico y matriarcal de la isla.

De lo expuesto se desprende que entre Afonso y Sansón Grandy, a pesar de las diferencias estéticas entre ambos, debió existir cierta complicidad a la hora de abordar este capítulo de la historia de Canarias que, tenido por cierto, tomaron como inicio del encuentro sexual de aborígenes y europeos. De esta manera, no sorprende que uno y otro insistan por igual tanto en que Zonzamas desconocía las relaciones de los “enamorados”, como en que aquél buscaba la venganza del ultraje a su matrimonio, toda vez que se da por hecho que los amores de Avenaño con la reina Fayna eran ilegítimos (y no normativos en función del sistema social poliándrico y matriarcal que se supone caracterizaba a los primitivos habitantes de la isla):

-Dime, Ruiz -preguntó con ansia la princesa-, ¿y esas mujeres, esas coquetas de tu país, dejan también a sus maridos por otros hombres tan hermosos como tú?

-¡Oh! Esas mujeres, Fayna, hacen por artificio lo que tú inocentemente. Allí todos los hombres son como yo, y visten lo mismo; y empero hay mujer que abandona al más arrogante esposo en cambio del más despreciable querido.

-¡Infames! ¿Y duermen tranquilas?

-Sí, y cantan y ríen y bailan.

-¡Qué horror! Pues yo, te lo confieso, desde que no puedo ser enteramente franca con Zonzamas, no he plegado casi los ojos. Pero, ¿qué importan esos martirios? Los sufro por ti y me parecen algo llevaderos. (Sanson Grandy 1847: 221-222)

Sin embargo, esta recurrencia al adulterio y a los deseos de venganza del apacible rey Zonzamas, junto al tópico de la hospitalidad traicionada, parece responder a motivaciones diferentes en un autor y otro. Concretamente, en la obra de Graciliano Afonso estos elementos añaden un halo de dramatismo a un episodio de la historia de Canarias que mitifica la unión, sustancial y genesiaca, de las razas aborígenes y conquistadora, simbolizada claramente en el nacimiento de la princesa Ico. Así, y en la medida en que dicha conjunción sería para Afonso (2004: 44) el comienzo de la “insaciable avaricia de los caníbales europeos”, no sorprende que los primeros momentos del encuentro que pronto propiciaría tan mítico natalicio estén acompañados del dramatismo que encierran temas tan elocuentes como el del adulterio, la venganza o la traición.

Pero, por su parte, Sansón Grandy prescindió en su relato -de estructura casi teatral- del nacimiento de la princesa Ico, lo que le inhibió de tener que tomar partido a la hora de decidir si la unión entre indígenas y europeos supuso la epifanía de la destrucción de una civilización (como pensaba Afonso) o si, por el contrario, significó la construcción de una nueva (ya sea por mixtura o por suplantación). Este hecho, como ha apuntado acertadamente Martín Montenegro (1987: 471), constituye una “muestra indicativa que expresa el deterioro evidente que en su época comienza a consumir a las creaciones historicistas de origen romántico”, y que, obviamente, “es paralelo a una cada vez mayor incompreensión del romanticismo, aún más del literario”, el cual venía haciendo suyas las tesis ya expuestas por Afonso. De esta manera, puede concluirse que la presencia en la narración de temas como el adulterio, la traición o la venganza no son más que elementos con que añadir tensión dramática a una historia que, sin el complemento necesario del nacimiento de la aborígen, podía resultar árida para la creación literaria<sup>7</sup>.

Finalmente, cabe advertir junto a Martín Montenegro (1987: 471) que “ni siquiera bajo el punto de vista didáctico, función ésta principalísima para los creadores isleños que [en el siglo XIX] elaboraron escritos literarios de contenido histórico, [...] resulta positivamente valorable *La Reina Fayna*”.

#### 4. LAS MODERNAS RECREACIONES DE LA LEYENDA

De mayor intencionalidad didáctica resulta, por el contrario, el relato *Ico. La princesa blanca* (2002), del escritor grancañario Emilio González Déniz (1951-), quien, a diferencia de los autores comentados, parte de la premisa de que su obra no hace más que ahondar en el carácter legendario de una historia que, tal vez, tenga poco de real:

---

<sup>7</sup> Tiene razón Martín Montenegro (1987: 471) cuando señala que Sansón Grandy vació a los protagonistas de su obra de todo simbolismo ruptural, como diría Ignacio Ferreras (1976), pues el espacio histórico queda relegado a un telón decorativo y fácilmente sustituible. En efecto, nada hay de particular en esta obra, pues los hechos que narra podrían haber acontecido en Lanzarote o en cualquier otro sitio sin que ningún elemento de intencionalidad compositiva se viera profundamente alterado.

Y esta fábula, mezcla de historia, leyenda e imaginación, se ha contado de mil maneras distintas en los detalles. Este relato narra las vidas de Zonzamas, Fayna, Ico, Tiguafaya y otros personajes reales o imaginados que tal vez no existieron tal y como hoy flotan en la memoria colectiva de un pueblo. (González Déniz 2002:9).

En esta ocasión, el relato comienza con el nacimiento de la princesa Ico dentro de una estructura *in media res*, pues, a continuación, se narran la llegada de Avendaño y todos los acontecimientos que precedieron a la prueba de humo: la muerte de Zonzamas, el natalicio de Guardfía, la boda con Guanareme... De esta manera, se sitúa el origen de la carga dramática de la narración precisamente en la figura de la joven indígena, y, al mismo tiempo, se crea el escenario propicio para que toda una galería de personajes a los que la tradición había venido presentando como absolutamente planos adquieran ahora una mayor profundidad.

Pero con todo, a nivel argumental, se diferencia este relato de todos los demás en el hecho de que la narración no concluye con la ordalía de Ico, sino que se prolonga temporalmente con el capítulo de la doble traición de Asche (o Afche), aborígen que, según recoge *Le Canarien*, pactó con Gadifer de La Salle el modo de delatar a su rey con la intención de, posteriormente, engañar también a los conquistadores. Estas ansias de poder de Asche que, en ocasiones, han sido objeto de la recreación literaria como capítulo aparte, son introducidas aquí dentro de este relato para sacar a relucir el clima de tensión que presuntamente debió existir entre la población aborígen en torno a la sucesión de Zonzamas y que, en buena medida, según intuye González Déniz, pudo haber desencadenado el sometimiento de Ico al Juicio de Dios. En cualquier caso, esta reinterpretación moderna de los hechos lleva al autor a alejarse de las crónicas, pues si en éstas no se hace referencia a la actuación del indígena con anterioridad a la llegada de Béthencourt, ahora se le inmiscuye en los acontecimientos para presentar sus tempranas envidias:

Llegó el día de la coronación del nuevo rey. La ceremonia se iba desarrollando despacio, solemne. El más anciano se acerca con la corona en las manos para colocarla sobre la cabeza de Guardfía...

-¡No!

Una voz había interrumpido el silencio de la coronación. El anciano se detuvo

y se dirigió a Asche, recién llegado al Consejo acompañado de un grupo de guerreros.

-¿Cómo te atreves a interrumpir uno de los más sagrados actos de nuestra isla? -dijo el anciano, furioso; ¿no sabes que esto puede costarte la muerte con lapidación?

-Calla, viejo, Guarafía no debe ser rey de Titte-Roy. (González Déniz 2002: 87).

Sea como fuere, lo cierto es que González Déniz introduce en su relato un elemento hasta entonces inexplorado literariamente, el del pleito sucesorio, y conduce al viejo tópico de la “princesa blanca” hasta un escenario que trasciende del engaño marital para aposentarlo en el terreno de las pugnas de poder.

Al igual que González Déniz, Luis Diego Cuscoy (1907-1987) concibió su relato *Ico, princesa de Lanzarote* -parte del libro *Entre el volcán y la caracola* (1956)-, con un evidente propósito didáctico. A este respecto, desde el comienzo de su obra, el autor deja clara la intencionalidad última de su quehacer compositivo:

Tuvo la vanidad [el propio autor] de creer que sabía muchas cosas de las islas, pero pronto se dio cuenta de que lo único verdadero era la frescura de la primera sorpresa [al ver la isla]. Y quiso contárselo, humildemente, a los niños para que supieran sorprenderse siempre, para que dieran el mismo amor a todos los paisajes, a las montañas y a los volcanes, a los prados y a las lavas, a los valles con ríos y al mar con islas azules en el horizonte. (Cuscoy 1956: 10).

En general, puede decirse que la narración es, además de breve, bastante sencilla, pues, dejando ya de lado el enjuiciamiento y dramatismo de los autores del XIX, sigue bastante de cerca el aséptico testimonio de Abreu Galindo, si bien es cierto que, en todo momento, el geronés prescinde de cualquier autoridad documental y hace brotar de la anonimia legendaria el contenido de sus páginas<sup>8</sup>; así, repetirá en varias ocasiones que “alguien contó la leyenda como las leyendas suelen contarse”.

---

<sup>8</sup> Es bastante probable que el que fuera director del Museo Arqueológico de Tenerife conociera al redactar su obra los trabajos de Bonnet (1944), Cioranescu (1955) y Serra Ráfols (1950) en que, como ya se ha dicho, se negaba la veracidad histórica del episodio de Avendaño.

No obstante, sí añadió Cuscoy al relato una serie de metáforas sobre la naturaleza de Ico que no sólo incrementan el engranaje tradicional de una historia legendaria, sino que además convierten a la princesa en una variante lanzaroteña del viejo tópico de Dácil y Castillo. Apartándose conscientemente de la veracidad histórica, Antonio de Viana cantó en *La conquista de Tenerife* los amores de Dácil -una joven guanche- con Castillo -un capitán conquistador-, sin duda símbolos de esa unión de dos razas a las que, igualmente, representaban la reina Fayna y Ruíz de Avendaño. De hecho, ya antes de conocerse los dos enamorados protagonistas, encontramos en el largo poema la profecía de Guañamene, ese personaje que vaticina a la aborigen su futura actuación a la hora de armonizar dos razas en conflicto,

Díjole Guañameñe, el agorero,  
que un personaje de nación extraña  
que por la mar vendría al puerto y sitio  
marítimo, llamado Añago entonces,  
de ser habría, al fin de mil desastres,  
guerras, batallas, cautiverio y muerte,  
su amado esposo, en dulce paz tranquila.

(Viana 1986, I: 106).

y que, finalmente, la conmina a hacer del mar su interlocutor y origen de sus designios:

Incierto mar, no sé si es bien que crea  
que atesoras el bien de mi esperanza,  
que, aunque en creer es fácil quien desea,  
temeraria es la incierta confianza.  
Dudosa estoy cómo posible sea  
estar entre tus ondas de mudanza  
aquel que ha de venir a ser constante,  
mi dueño, esposo y verdadero amante.  
Las aguas apresura porque venga  
con más presteza; mira que lo espero,  
y es muerte el esperar; no lo detenga  
tu inquieto movimiento, porque muero.  
Aplaca ese rigor lo que convenga,  
y tráime ya mi amado forastero,

que lo desea y ama el pensamiento,  
y amar y desear es cruel tormento.  
Mucho puede el cuidado fatigarme  
y mucho la fortuna concederme;  
mucho amor y deseo atormentarme  
y mucho el largo tiempo prometerme;  
mucho esperanza firme asegurarme,  
perderse el pensamiento, y más perderme;  
más tú sólo eres, mar, quien el mal junto  
me puede dar, o el bien de todo punto.

(Viana 1986, I: 108).

Esta invocación al mar como claro responsable de la fortuna o desdicha del isleño se convertirá pronto en una clara seña de la identidad insular, por lo que, como señala Castells (1998: 217), puede hablarse de Dácil como de la isla misma:

solitaria pero conectada a lo exterior a través del océano infinito, de él espera todo lo que de novedad, venturosa o funesta, pueda venir a enriquecer sus costas ansiosas. Pasiva y, a un tiempo, atenta y permeable al influjo foráneo, Dácil-isla espera ser conquistada en la conciencia de que también ella es capaz de seducir a quien se aproxime.

Por su parte, en la obra de Cuscoy, esta identificación de Ico con Lanzarote es mucho más evidente. En primer lugar, destaca la lectura contemporánea que el autor hace de aquellos rasgos de la fisonomía de la princesa que, según la tradición, motivaron el recelo de los habitantes isleños:

Ahora es cuando se dan cuenta de que Ico tiene la mirada azul, y olvidan que azul es el mar que ciñe a la isla. Ahora es cuando se dan cuenta de que Ico es blanca, y olvidan que blanca es la sal. En torno a Ico se levantan torbellinos blancos y azules, los mismos que mecieron la nave de Martín Ruíz de Avendaño. (Cuscoy 1956: 28).

Como puede verse, la princesa no es más que resultado de lo que trajo el mar, de modo que el color de su piel y de sus ojos no es otra cosa que el reflejo de las aguas que trajeron a Lanzarote a su progenitor.

Pero, con todo, mucho más significativa resulta la metaforización con que Cuscoy describe a la isla y a su joven princesa, ambas unas rosas de los vientos que, en medio del ensueño, vigilan el dorado litoral. En efecto,

Lanzarote es la primera isla que se encuentra cuando se viene de Europa<sup>9</sup>. La descubren los navegantes como una rosa amarilla sobre el agua. Le han hablado en muchas lenguas y ella ha acogido a muchos marineros sin rumbo. Cerca de ella está ese islote árido de La Graciosa, que parece que la guarda. Muchos navegantes, al verla, han dicho que antes la habían soñado.

Todo va a ocurrir casi como en los sueños. A finales del siglo XIV un hermoso sueño se dispersa por los cuatro puntos cardinales.

Esa isla, que es rosa y sueño, está gobernada por Zonzamas, un rey que dio nombre a colinas silenciosas y levantó en ellas atrevidas murallas para su palacio y cercas sinuosas para sus rebaños. (Cuscoy 1956: 27).

Mientras, aún hoy, según dice la leyenda,

la nave de Martín Ruíz de Avendaño sigue haciendo misteriosas recaladas en el dorado litoral. Dícese que Ico surge como una rosa o como un sueño flotando sobre las hogueras que se encienden solas en las alturas de Lanzarote.

¿Y quién podría asegurar que las Montañas del Fuego -Volcanes de Timanfaya- no tuvieron que ver con el corazón de aquella dulce mujer?

De la delicada leyenda queda un nombre sencillo: Ico. (Cuscoy 1956: 31).

Se trata, en suma, de una Ico-isla que, al igual que Dácil, encuentra en el mar a su mayor confidente. Pero, mientras en el tópico inaugurado por Viana la joven aborigen halla en las aguas el contenido de sus designios (como podía haberle sucedido a la reina Fayna), por su parte, la princesa Ico entresaca de las “nubes y espumas” del océano el origen de su existencia. La primera mira hacia el futuro, y la segunda hacia el pasado, pues, qué duda cabe, una engendra la unión de dos razas, y otra la perpetúa. En cualquier caso, las dos son la isla que mira al mar para poder definirse.

También para niños es el relato *La reina Ico*, parte del libro *Alizulh. El mundo mágico de las leyendas canarias* (1997), de la escritora gomerana Isabel Medina (1943-). Publicado inicialmente en una colección escolar de cuentos infantiles, la narración está guiada por un afán de di-

<sup>9</sup> Esta afirmación rememora claramente a Viera y Clavijo.

dactismo que deja traslucir la sencillez de su escritura y la simplicidad de la trama, muy ligada al texto primitivo de Abreu Galindo salvo en el hecho de que la ordalía de Ico se presenta como prueba para convertir en reina a la princesa y no, como dice la leyenda, para demostrar la pureza de su hijo Guadarfía:

Cuando abrieron la cueva, las tres mujeres estaban muertas y ella, la princesita rubia de ojos como el cielo, estaba viva.

-¡Está viva! ¡Está viva!

-¡Viva nuestra reina! ¡Viva la reina Ico!

-¡Viva la legítima hija de Zonzamas!

Y así fue como la bella Ico, vencedora de la terrible prueba de humo, lució en su cabeza la corona de conchas del trono de Lanzarote. (Medina 1997: 60 y 62).

Destaca, en cualquier caso, la aseveración final de la autora, quien, en un gesto de conmiseración, niega que la joven princesa fuese fruto del encuentro de la reina Fayna con Ruiz de Avendaño:

Menos mal que puede respirar tranquila porque llegué a temer de veras por ella, por Ico, pobrecita, qué culpa tenía de toda aquella historia. Ella había nacido y nada más; los dioses le habían prestado el azul del cielo y el amarillo de los trigos en verano para su cabello. Era hermosa y nada tenía que ver con extraños personajes que habían visitado la isla. Ella no supo nada. Nació y nada más. (Medina 1997: 62).

La nómica de recreaciones literarias de la leyenda de la princesa Ico puede ampliarse más de lo que aquí se ha hecho; sin embargo, basta lo expuesto para advertir que no cabe duda del carácter simbólico que la tradición ha adjudicado a un hecho del que durante mucho tiempo ni siquiera se sospechó su posible falsedad. Así, transformada incluso en isla, la joven aborígen se ha adentrado en ese mundo de las leyendas, en el que más importa la verosimilitud que la veracidad, para convertirse en el mito de la unión de las razas bereber y europea. Y es que, verdad o mentira, la Princesa Ico y Ruiz de Avendaño son parte de la Memoria.

## 5. LA VERACIDAD DEL EPISODIO DE AVENDAÑO

No obstante, conviene reparar finalmente en las concomitancias de las figuras de Ico y Fayna con la de La Malinche mexicana, una joven indígena que, en tiempos de la Conquista de México, mantuvo relaciones sexuales con Hernán Cortés, lo que ha servido para que, durante estos últimos cuatro siglos, su historia se haya rentabilizado unas veces para simbolizar la creación de una nueva raza y otras, como cabe intuir, para representar la derrota y destrucción del mundo indígena<sup>10</sup>. En efecto, como ha señalado González Hernández (2002: 41), La Malinche se ha convertido en un “ser que se ha instalado en la memoria colectiva como un símbolo maldito y ambivalente: es el arquetipo de la traición a la patria y al mismo tiempo la madre simbólica de los mejicanos, el paradigma del mestizaje”. Resulta obvio, entonces, el parecido de las historias canaria y mexicana, cuya permanencia en el tiempo, como se ha demostrado, responde al deseo de querer fijar en ambos pueblos un punto de inicio de la unión interracial de indígenas y europeos.

Y es que, no en vano, tanto las Canarias como el viejo Tenochtitlan participaron de un mismo fenómeno, el de la Conquista y colonización, que transformó profundamente los cimientos de su existencia al allanar un camino para el mestizaje racial. De esta manera, los habitantes de una zona y otra miraron hacia el pasado en busca del origen de esta fu-

---

<sup>10</sup> En este sentido, resultan significativas las leyendas nicaragüenses de La Llorona y La Mocuana. En la primera de ellas se testimonia la existencia de una nativa que es víctima del desprecio de un hombre blanco, quien después de utilizarla la abandona junto a su hijo. La joven, despechada por la traición de su enamorado, terminó arrojando a su hijo al río, hecho del que pronto se arrepiente hasta terminar enloqueciendo y quitándose la vida. Sin embargo, cuenta la leyenda que aún hoy es posible oírla, con su llanto desgarrador, en medio del coro nocturno de voces animales y del ritmo monótono de aguas, quebradas y ríos.

Por su parte, La Mocuana es la hija de un cacique que escondió un enorme tesoro para evitar que los españoles lo encontraran. Conocedora ella del lugar elegido por su padre para apartar de las manos extranjeras sus cuantiosas pertenencias, terminó delatando a un joven español lo que debía ser un secreto familiar. En este momento, el joven, abrumado por la riqueza del viejo cacique, terminó huyendo con el botín y dejando a la joven encerrada en la cueva del tesoro.

sión, encontrándolo en ambos casos en la figura de una mujer, la única de la especie capaz de procrear y reproducir la raza, por lo que podría decirse que, de no haber existido en la historia una indígena como La Malinche, los mejicanos hubieran tenido que inventarla, de la misma manera que Viana imaginó en sus versos a una Dácil enamorada del capitán Castillo. Por tanto, cabe plantearse si, tal vez, la narración del episodio de Avendaño no responde más a un deseo de querer fijar genéricamente el largo encuentro de indígenas y europeos, que a la descripción de un hecho real de la protohistoria lanzaroteña.

Téngase presente, además, que el primitivo relato de Abreu Galindo está impregnado desde el principio por la cosmovisión europea, en tanto en cuanto el sometimiento de Ico a la prueba de fuego no hace más que reproducir una vieja práctica medieval conocida como “ordalía” o “Juicio de Dios” y que, en líneas generales, consistía en una serie de pruebas, mayoritariamente relacionadas con el fuego, que, dependiendo del grado de afección del enjuiciado, servían para declarar su inocencia o culpabilidad<sup>11</sup>. Este hecho, como es obvio, aleja los acontecimientos narrados por Abreu Galindo de la realidad aborigen para, por el contrario, acercarlos a la inventiva del nuevo poblador de las Canarias.

Así, puede concluirse que, independientemente de la arribada o no de Ruiz de Avendaño a las costas de Lanzarote -hecho que compete aclarar a los historiadores y no al crítico literario-, todo apunta a que el origen de la leyenda de la princesa Ico debe buscarse en el deseo de querer expresar, en ese terreno anfibio de la historia-literatura-crónica-leyenda, el origen de la unión auroral de indígenas y conquistadores, para lo que el moderno relator no habría escatimado en emplear recursos tan propios de la mentalidad europea como el de los Juicios de Dios.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- ABREU GALINDO, Juan (1978). *Historia de la Conquista de las siete islas de Canarias*. Tenerife: Goya Ediciones.
- AFONSO, Graciliano (2004). *Oda al Teide / El juicio de Dios o la reina Ico*. Tenerife: Ediciones Idea.

---

<sup>11</sup> Precisamente de aquí viene la conocida expresión *poner las manos en el fuego*, empleada para expresar la convicción en la certeza de algo.

- ÁLVAREZ DELGADO, Juan (1957). *Episodio de Avendaño: aurora histórica de Lanzarote*. La Laguna: Universidad de La Laguna.
- BOITANI, P. (2001). *La sombra de Ulises*. Barcelona: Península.
- BONNET, B. (1943). “La expedición portuguesa a las Canarias en 1341”, en *Revista de Historia*, IX, pp. 112-133.
- CASTELLS, Isabel (1998). “Dácil y Castillo”. En VV. AA. *Tópicos y argumentos en la literatura de Canarias. Desarrollo del currículo*. Tenerife: Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, pp. 199-295.
- CASTRO BORREGO, Fernando (2000). “Ulises, la pervivencia de un mito”. En Dan Munteanu (ed.), *Imágenes ficción. Ocho ideaciones clave en la cultura occidental*. Las Palmas de Gran Canaria, pp. 97-109.
- CIORANESCU, A. (1954). “Dante y las Canarias”. En su libro *Estudios de Literatura española y comparada*. La Laguna: Universidad de La Laguna, pp. 7-27.
- DIEGO CUSCOY, Luis (1956). *Entre el volcán y la caracola (lecturas canarias)*. Tenerife: Instituto de Estudios Canarios.
- GONZÁLEZ DÉNIZ, Emilio (2002). *Ico, la princesa blanca*. Tenerife: CCPC.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, Cristina (2002). *Doña Marina, la Malinche y la formación de la identidad mejicana*. Encuentro ediciones.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel (2006). “Jean de Béthencourt, Sevilla y Enrique III”. En AZNAR, Eduardo; Dolores CORBELLA; Berta PICO y Antonio TEJERA (editores). *Le Canarien. Retrato de dos mundos*. Tenerife: Instituto de Estudios Canarios, pp. 17-49.
- LUZZANA CARACI, I. (1992). *Navegantes italianos*. Madrid: Ed. Mapfre.
- MARTÍNEZ, Marcos (2001). “Boccaccio y su entorno en relación con las Islas Canarias”. En *Cuadernos de Filología italiana*, 2001, n.º extraordinario: 95-118.
- MEDINA, Isabel (1997). *Alizuhl: el mundo mágico de las leyendas canarias*. Madrid: Anaya.
- NARDI, B. (1937). “La tragedia d’Ulis”. En *Studi Danteschi*, XX, pp. 5-15.
- RONQUILLO RUBIO, Manuela (2004). “Los vascos en Canarias durante la época señorial”. En *XV Coloquio de Historia Canario-Americana*, pp. 2058-2072.